

Nostalgia de Suecia

■ No conozco Suecia. Nunca he estado en Estocolmo ni he visitado sus pueblos, ni he puesto el pie en las frías aguas de sus mares. No he vivido las largas noches de sus inviernos, ni he participado de la eclosión vital de sus breves veranos. Sin embargo, y tal vez sea justamente porque no la conozco, siento una nostalgia inmensa de Suecia.

Los grandes países de Europa han llegado a nuestro conocimiento por el inmenso bagaje de su cultura. Hemos aprendido a saber lo que es "lo inglés" a través de Shakespeare y Dickens. Algunas de sus instituciones jurídicas se han insertado dentro de nuestro patrimonio institucional. La sensibilidad plástica de Sommerscales se unió a las nuestras en sus marinas. De Francia, están Moliere y Racine; la Revolución Francesa es el antecedente próximo de nuestra independencia, palabras francesas están en uso en nuestro lenguaje. Y qué decir de Italia, con su ópera y sus pastas. Y no necesitamos mencionar a España.

Pero de los países más pequeños europeos, apenas si tenemos una visión superficial y pintoresca. Poco o nada sabemos del alma de sus habitantes y de lo que constituye su ser esencial. En cambio, "lo sueco" ha trascendido. Lo interesante es que no ha sido la literatura el vehículo en mi caso. Aparte de Selma Lagerloff, no recuerdo otro escritor sueco que haya estado presente en mis lecturas. Ha sido, en cambio, el cine sueco el gran exportador de lo que constituye la identidad del alma nacional sueca. Si algún ejemplo claro se puede dar sobre la importancia de desarrollar una cinematografía para proyectar a un país en el mundo, es el que nos da Suecia.

Está el genio de Ingmar Bergman con la filmografía más rica e impresionante y cuya permanente característica ha sido la de auscultar el alma

de su país. Vilgot Sjoman, menos conocido, pero no menos talentoso, es otro de mis favoritos. Una película de él, que data del año 1967 —"Soy Curiosa, Amarillo"— todavía me golpea en el recuerdo. Y no podemos olvidar tres grandes actrices suecas que, con personalidades diferentes, tienen el común denominador de su nacionalidad, tan lejano a la estereotipada imagen que de las suecas pretende dar cierta prensa latina: la Garbo, la Bergman y la Ullman.

Curiosamente, cuando se me ha hecho más aparente la existencia de "lo sueco" como un conjunto de características nacionales propias e indelegables, ha sido a través de la producción cinematográfica de una escritora norteamericana de gran talento: Susan Sontag.

Hace una década vi en New York la película "Dúo para Canibales", escrita y dirigida por Susan Sontag, pero filmada en Suecia. En esa película "lo sueco" destacaba con una nitidez ejemplar, exhibiendo su melancolía y su agresividad; su ateísmo y su religiosidad; su desorden íntimo dentro de un orden aparente. Y nuevamente he tenido la misma sensación al leer el guión cinematográfico de otra película de la Sontag hecha en las mismas circunstancias: "El Hermano Carlos".

A través del cine, he aprendido a amar a Suecia como, estoy cierto, le ha sucedido a millares de occidentales que ven en sus rasgos culturales una extraña síntesis de lo mejor y lo peor que se encuentra en el alma occidental.

Algún día, quizás, llegue a Suecia y esta absurda nostalgia de un país que no conozco, pero cuyas imágenes tengo presente, cesará.

Y, tal vez, entonces, le transmita a ustedes mis impresiones en vivo y en directo.